

cuanto mayor es el número de hombres que pueden participar en él y disfrutarlo. ¿Se trata, simplemente, de complacer al vulgo que despreciaba Horacio? En modo alguno. Como que vulgar sólo es, en el fondo, la minoría de los hombres, y ello bajo condición. Como que, en casi todos, hay aspiración a lo más alto y esfuerzo —esfuerzo, ay, tantas veces miserablemente fallido— por lograrlo.

Desde el ángulo axiológico, existe ya una norma para juzgar la excelsitud del arte. Cada vez más alto, más excelso, conforme más elevados son los valores humanos que propone. Pero, si bien se mira, ¿cuáles son los valores humanos más altos? Aquellos que se ciernen —como el espíritu de Dios sobre las aguas, en el momento primordial del Génesis— por encima de las diferencias de credos y de razas, de clases y de castas. No es que en el proletariado encarnen los máximos valores humanos. No es que sólo a las aristocracias de la sangre, o del dinero, o del poder —usufructuarias del ocio— les esté permitido descubrirlos. Es que, cuando los hombres superan sus condicionamientos biológicos, psicológicos, económicos, sociales, políticos, tienen que descubrir que hay algo que les une —por lo alto— a otros hombres de quienes los separan el sexo y la raza, el temperamento y el carácter, la fortuna y la posición social, el poder y la influencia. Es ése el momento en que el hombre descubre su Tabor y se une al hombre en un inmenso canto comunitario.

Punto de fuga de nuestras perspectivas; punto de encuentro de todas ellas en el futuro, ha de llegarse a él, con todo, mediante una progresiva, lenta iluminación. Para lograrla será preciso que vayamos descubriendo esas esferas de comunidad en forma progresiva, expandida. Que quizás cuando descubramos, por el arte, lo que nos une, seamos capaces de volvernos hacia los que nos separa por el rumbo de la política y la

economía, para destruirlo y constituir, sobre sus ruinas, un mundo más noble y deseable.

Basta pensar en ello. Hacerlo es pecatarse del servicio de un instituto universitario que así labora por buscar y proporcionar medios de identificación entre los hombres, presta, generosamente, a la humanidad.

Città di Senigallia (Consiglio Comunale). *Omaggio a Rodolfo Mondolfo*. Interventi del Sindaco (A Zavatti), dell'Assessore alle Istituzioni Culturali, dei Consiglieri Comunali e di Vittorio Enzo Alfieri, Guido Calogero, Antonio Corsano, Gallo Gallo, Enzo Paci, Aldo Testa, Renato Treves. Ricordo di Ugo Guido Mondolfo. Discorso del Vice-Sindaco, 19 agosto, 1962. Atti e Cerimonie.

Es grato ver que hombres de diversas tendencias y ocupaciones (en el caso, la política y el estudio), unan sus voces, discrepantes casi siempre, para reconocer la grandeza de un hombre. Trátase de Mondolfo, el filósofo, que hubo de abandonar Italia por la persecución racial e ideológica, para ir a residir en Argentina, donde, como en su nativa Senigallia, habría de rendírsele homenaje. El homenaje, de uno y otro lado del océano, borra la sospecha de que la unidad de voces fuera producto del mero orgullo lugareño de quienes ven que uno de entre ellos se les ha vuelto grande.

Para el representante católico, Mondolfo, "al interpretar al marxismo, buscó sus lados positivos, aquellos que recogen conclusiones que encuentran puntos de igual valoración incluso si partimos de principios diversos al tiempo que criticaba el materialismo y el determinismo económico". El comunista, por su parte, pudo llevar al homenaje "el saludo de

un grupo que sabe reconocer a quien combate a cara descubierta". En ese mismo combatiente, los socialistas vieron al socialista "por su profundo respeto y reconocimiento al mundo del trabajo". Los socialdemócratas reconocieron en él "a quien ha enseñado a ver las cosas de un modo justo". Y todavía hubo otros que testimoniaron "la gratitud de la ciudadanía a una vida dedicada al estudio".

Voces individuales, de compañeros, de discípulos, de admiradores, se sumaron a éstas, representativas de los grupos políticos.

Alfieri le recuerda enseñándoles "con el ejemplo y no con la prédica, mientras Italia era esclava política, país de parados, de fanfarronerías imperiales, espías y cárceles, retórica y despropósitos". Corsano, el más viejo de sus discípulos, le recuerda de épocas menos turbadas, enfrentándose con positividad aunque no como neopositivista, a los problemas; "en diálogo sereno, respetuoso... pero críticamente respetuoso".

La exposición clara, rica en citas, dominante de los textos, objetiva, que evoca Gallo Galli, servía a Mondolfo para establecer una "filosofía del espíritu como historicidad". Su postura crítica, le hizo rechazar ciertos esquemas historiográficos caros a la tradición idealista, puesto que, conforme el decir de Calógero "demostró que el pensamiento antiguo no había sido extraño ni a los problemas del infinito ni al problema del infinito, ni a los de la subjetividad". Le hizo, también, criticar a Marx y su filosofía de la *praxis* y "al mostrar la falsedad de cierto marxismo —conforme reconoce Testa— contribuyó a fundar mi fe socialista en Marx".

En el enfrentamiento crítico, pero respetuoso, de la obra de Marx, Mondolfo alquilaró muchas de sus propias cualidades; principalmente, "su comprensión del sujeto humano, su reivindicación del hombre", ya que, conforme recuerda Paci,

"no hay necesidad, para Marx, de contraponer la sociedad al individuo, pues el hombre tiene en sí el logos, la ley, la naturaleza, el sentido de la historia, el ideal de una libre sociedad racional en la que el desarrollo de cada uno está condicionado por el desarrollo de todos", pues cada sujeto es, respecto a otro, *siempre sujeto* y no cosa u objeto.

Las hermosas palabras de Renato Treves, tan grande él como el homenajeado, tan llenas de saber humano, tiende el puente hacia el otro homenaje, hacia el de Argentina ya que ambos convivieron y profesaron en la Universidad argentina de Tucumán.

*Homenaje a Rodolfo Mondolfo* (27 de octubre de 1961). Cuadernos de la *Revista de Humanidades* Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Córdoba. s. f. pp. 56.

En Argentina, el homenaje de una comunidad universitaria, a Rodolfo Mondolfo, el respetado maestro. Las palabras del decano; del doctor Caturelli, en cuanto alumno; del homenajeado mismo; palabras, estas últimas, llenas de emoción y reconocimiento.

Mondolfo fue, como lo reconocen los universitarios tucumanos, "acogido con simpatía y admiración en una naciente comunidad de vida filosófica" y él supo responder con "la sencillez de sus actos, el método y transparencia de sus lecciones", que dejaron fruto en suelo argentino, ya que "mucho le debe nuestra cultura filosófica, por la siembra fecunda de pensamientos, los libros que escribió, su continuidad y rigor en la investigación y la cátedra".

De su pensamiento, los tucumanos quisieron recordar, en su homenaje, su planteamiento de la filosofía como problematización, su reconocimiento a la necesidad de tener conciencia del problema filosófico para en seguida plantearlo, inves-